

Posmodernismo y diversidad psicoanalítica¹

Pablo Grinfeld

Como psicoanalistas consideramos al hombre inmerso en su conflicto, y es la nuestra una tarea dirigida a que el individuo pueda comprenderlo y encauzarlo de una manera más racional y adecuada. De ahí que al privilegiar el psicoanálisis el mundo interno del paciente se lo haya criticado de insensibilidad frente a los aspectos sociales. Y equivocadamente porque ha sido el psicoanálisis quien más certera y sutilmente ha reconocido la importancia determinante en el individuo de los factores ambientales (tempranos, infantiles); por ende, en forma más amplia, el peso de los factores sociales, políticos, religiosos, económicos y culturales.

En tanto el psicoanálisis incursiona en campos que trascienden al de la terapéutica individual, en la medida que ha venido a constituir un sistema, verdadera cosmovisión, es natural que impacte y a la vez sea impactado por los sucesos del mundo y que sea atravesado por las ideologías de nuestra época, que lo cuestionan y lo impregnan. Es decir veo en las circunstancias contemporáneas uno de los motivos de lo que experimentamos como un malestar del psicoanálisis.

Ya manifesté mi vivencia de una cierta crisis del psicoanálisis (Grinfeld, 1981), y con Joel Zac hemos planteado que el estudio de los problemas de la práctica analítica crea preocupación por el futuro del psicoanálisis latinoamericano y la identidad del analista (Zac y Grinfeld, 1982 a-b).

¹ Este trabajo, en versión algo reducida, fue leído y discutido en el XIX Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, Montevideo, agosto de 1992.

Hoy siento que la ciencia psicoanalítica y su praxis son tumultuosas. Sus acontecimientos son tan precipitados, vertiginosos, que uno puede sentirse a la zaga de los mismos, en esa turbulencia² que configura también lo imprevisible.

En lo conceptual las diferentes lecturas de la obra de Freud dieron lugar a diversidades teóricas, lo que configura un estado crítico de la ciencia del psicoanálisis. Debido a ellas podría parecer que se pone en tela de juicio el carácter científico de nuestra disciplina. Pero dejando de lado a aquellos que no consideran el carácter científico del psicoanálisis y para quienes – como dice Klimovsky (1989)– el uso de términos teóricos que no se corresponden con una base empírica constituye un pecado metafísico, el psicoanálisis, como toda ciencia, queda sujeto a las críticas de las distintas corrientes epistemológicas. Así éstas consideran el psicoanálisis tanto desde un punto de vista de un racionalismo popperiano, con su criterio de refutabilidad de la ciencia, con su explicación (la más rigurosa) nomológica deductiva, como desde el punto de vista de una subjetividad “irracionalista” que critica el criterio de refutabilidad y pone el énfasis en el contexto de descubrimiento, por la importancia que adjudica al papel de la historia en el desarrollo de las teorías científicas (Kuhn, 1980).

El psicoanálisis es joven, recién acaba de cumplir su primer siglo. Las numerosas y diferentes escuelas surgidas lo muestran en desarrollo, con un cierto grado de organización (caótico) que si para Klimovsky (1980) no refuta su carácter de ciencia, tampoco desde la concepción del paradigma de Kuhn (1980) quedaría fácilmente comprendido, porque esta última encuentra sus limitaciones cuando pretende dar acabada cuenta de las crisis de las ciencias humanas. Pero no es mi interés considerar tal “malestar intelectual”, resultante de las legítimas controversias epistemológicas.

Quiero referirme a otro cierto malestar que, a mi juicio, padece el psicoanálisis actual, que tendría su causa en la influencia del posmodernismo, corriente cultural que diversos pensadores vienen haciendo objeto de severas críticas, y al cual el psicoanálisis

² Desde el punto de vista de la organización del ambiente socioeconómico la turbulencia define el nivel de la complejidad máxima compatible con la adaptación, por su condición de lo impredecible, incierto e incontrolable (Emery y Trist, 1972).

quedaría expuesto³. Veamos –a grandes rasgos– en qué consiste la posmodernidad, sus orígenes.

La modernidad como tiempo histórico surge en Occidente a partir del siglo XVIII e implica una concepción del mundo y de la vida. Una forma de experiencia vital en un entorno que promete la aventura. Según Berman (1982) fue J. J. Rousseau, “en quien residiría la fuente de nuestras tradiciones modernas más vitales, desde la ensoñación nostálgica hasta la introspección psicoanalítica y la democracia participativa”, su voz arquetípica.

Sus grandes discursos fueron el sentido de la historia, el camino del hombre hacia la libertad del espíritu, la preeminencia de la razón (Hegel). La igualdad y la fraternidad, la emancipación del trabajador y la abolición de las clases sociales (Marx). Los ideales modernos incluyen el progreso indefinido, la institucionalización, la organización (empresarial). La preeminencia de la ciencia y la técnica. En suma, el ideal de unidad y universalidad de la historia y de la razón humana, en el cual todos nos hemos conformado. Bella y romántica, la cultura de la modernidad comienza en nuestro siglo con la alegría y el optimismo de la *Belle Époque*, con los pintores futuristas, el cine hablado y el incipiente desarrollo tecnológico. Trae inmensas alteraciones demográficas, crecimiento urbano rápido y a menudo caótico, comunicación de masas. Estados cada vez más poderosos, movimientos sociales masivos de personas y pueblos.

Fácil es darse cuenta que el discurso del psicoanálisis se inscribe de lleno entre los discursos que configuran la historia moderna. Su crecimiento también coincide con el comienzo de nuestro siglo. El hecho de que su libro más importante⁴, *La interpretación de los sueños*, fue posdatado para que “apareciese como del nuevo siglo” (Freud, 1932) nos indica el valor que su autor otorgaba a la inserción en el siglo que empezaba.

Pero pareciera que los grandes relatos de la modernidad, que brindaban las claves universales para pensar los fenómenos singulares (todo lo que sucedía al hombre en su vida podía tomar

³ Y veo tanto en la diversificación teórica, inherente al crecimiento científico del psicoanálisis, como en el crecimiento demográfico de sus profesionales (en nuestro país ha sido especialmente frondoso), circunstancias que abonarían el terreno de tal exposición... el más valioso de los descubrimientos que tuve la fortuna de hacer. Un insight como éste no nos cabe en suerte sino una sola vez en la vida” (Freud, 1931).

un sentido digno, épico) han entrado en crisis (Lyotard, 1979).

Los parámetros de la modernidad ya no servirían para medir la realidad. Que ésta no se puede aprehender –dicen los posmodernos– desde un solo lugar, y que una multiplicidad de saberes fragmentarios la abrazan desde sectores parciales. Así, el posmodernismo⁵ tiende a relativizar la historia: ¿qué historia?, ¿universal?, habrían miles de historias, de verdades. La producción masiva despoja a los objetos de su existencia histórica singular.

La lógica del presente lo ha invadido todo. Nada puede suceder porque todo ya ha acontecido. Vivir para el día y no para el futuro histórico. La dificultad para soportar la realidad angustiante que todo ello ocasiona se traduce en nostalgia del pasado y surge entonces la moda retro, el revival, la vuelta a los '60, a los '40, a los '20. El homenaje, cuando predomina el reconocimiento. O las ansias por la omnipotencia del dinero y la droga como formas de hacer más llevadera una realidad imposible de cambiar.

El posmodernismo no es un estilo sino la copresencia tumultuosa de todos (García Canclini, 1987). Arte y Folklore se cruzan. Una misma pintura, verdadero collage, es a la vez hiperrealista, impresionista y pop. Se combinan las tradiciones con lo que vemos en la TV. La simultaneidad de lo posmoderno implica una convivencia de lo diverso y contrapuesto: el “punk” vende crochet en la feria artesanal. El posmodernismo acentúa el individualismo egoísta, sin trascendencia. Verdadera era del narcisismo, impera la novedad, lo efímero. La inconstancia de los placeres inmediatos, el hedonismo. La exaltación del cuerpo. No se trata de ser sino parecer (el simulacro). Se pretende seducir, impresionar. Los políticos sólo ofrecen simpatía, histrionismo, puestas en escena en la TV, una pérdida de ideales, que se han trocado por el canje pragmático. El artista, en su exaltación narcisista, “quiere hacer de su gestualidad el acto fundador del mundo” (García Canclini, *ibid.*, 1987). Los medios periodísticos y de difusión están plagados de rasgos posmodernos. Todo resulta igual en cuanto al nivel de noticias: junto a la que traduce el más horrendo dolor humano la que expresa mayor frivolidad. Sólo parece

⁵ El término posmodernismo proviene de la Arquitectura. Surge a fines de los '60 como un estilo que –respetando el precedente histórico– se opone al estilo moderno. Paradigma de este último lo constituiría Brasilia.

importar el “show” del medio de difusión. El auge de los medios visuales y auditivos electrónicos lleva a un consumismo individualista, casi autista (walkman).

En un penetrante y original trabajo, “Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria”, que mereció el premio Bleger 1991, Di Segni y Obiols muestran cómo en la sociedad actual los valores de la posmodernidad convergen en la negación del período correspondiente a la adultez. La posmodernidad –dicen– propone un modelo de juventud (dietas, gimnasia, cosmética) y el adulto no quiere asumirse como tal. Se intenta borrar las diferencias entre viejo y nuevo, todo se recicla. En su lúcida conceptualización psicoanalítica señalan cómo si la modernidad acentuaba los ideales del yo, el posmodernismo, narcisista, estima el yo-ideal y sus valores resultan los más apreciables⁶. Los adolescentes actuales no sustentan ya los ideales románticos (de la modernidad), “no se comprometen, no se escandalizan, no hay drama, no se interesan por cambiar el mundo”. Así –concluyen los autores– la posmodernidad le ahorra al adolescente el trabajo de cuestionar las ideas vigentes. No encuentra en tal cuestionamiento de la sociedad la solución a su conflicto, sino que ve encarnarse en ella el conflicto mismo.

Es decir se ha producido un verdadero asedio a la modernidad (Sebreli, 1991). Con el desencanto que ocasiona la teoría del fin de la historia y el descreimiento en un mundo mejor (ni de izquierda ni de derecha) se sostiene que los discursos de la modernidad están agotados. En concordancia se suele decir que el modelo psicoanalítico es obsoleto, en favor de terapias “modernas”, de “avanzada”, y supuestamente entonces mejores. El sentimiento de la utopía ha desaparecido y –en cuanto a sus aplicaciones terapéuticas– el psicoanálisis, en el cual muchos quisieron ver la panacea, ha ocasionado cierto desencanto.

Las ideas posmodernas, vigentes en los últimos treinta años, aparecen a fines de la década del ’50, con su apogeo en los ’70, aunque a principios de los ’80 empezó un verdadero debate (Casullo, 1989) acerca del posmodernismo (incluso –para algunos– ésta ha dejado ya de tener preponderancia). En cuanto a las causas invocadas para explicar la posmodernidad, la mencionada,

⁶ Vemos aquí un ejemplo de cómo las metas actuales de la sociedad conspiran contra los objetivos psicoanalíticos y dificultan su práctica. Confrontar J. Chasseguet-Smirgel (1983).

acerca del agotamiento de lo moderno, es considerada por Habermas (1989) una estrategia neo-conservadora. Para otros pensadores el pasaje a la posmodernidad se habría originado en la crisis teórica, ideológica y política del marxismo, que no pudo dar cuenta de lo que acontecía en la historia.

Ubicado en una tercera postura Casullo (1989-91) sostiene que la posmodernidad sería la resultante de las críticas formuladas por los grandes pensadores de este siglo a los valores imperantes en la modernidad, críticas (denuncias) que generan una disolución de las ideas racionalistas modernas de la historia, de su sentido de la idea de sujeto, y que dieron elementos y categorías a la posmodernidad. Así Nietzsche para quien los valores sobre los cuales se sustenta lo moderno no existen. También la escuela de Frankfurt critica a la razón moderna ya que la considera razón instrumental, manipuladora, que cosifica a la realidad y al sujeto en vez de liberarlo. Cuestionarían la modernidad Heidegger⁷, para quien la técnica implica el olvido del ser, Wittgenstein (el lenguaje es limitado en la expresión de lo importante ya que sólo su naturaleza social es capaz de otorgarle sentido pleno) y el estructuralismo y postestructuralismo, en sus aspectos ideológicos.

*

He destacado la tónica negativa que imprime el posmodernismo y cómo se ha tomado conciencia del “problema” que constituye. Hemos visto que el posmodernismo cuestiona tanto el papel de la razón como arma crítica para el análisis de la propia historia como la virtud de los planteos utópicos de la modernidad para hacerla avanzar. Cuestiona así también al psicoanálisis, que sufre víctima de la desilusión ocasionada por la caída de los ideales modernos. Pero quiero subrayar aquí ciertos aspectos de la producción científica psicoanalítica en la actualidad, los que –en mi opinión– constituyen expresión de ese malestar que ocasionaría la cultura posmoderna.

Parafraseando a U. Eco (1991), podemos decir que en el posmodernismo el creador, el autor, el héroe de la época febril

⁷ No resulta fácil simplificar –desde un punto de vista ideológico– a Heidegger, fuente de inspiración para seguidores tan diversos como Sartre, Marcuse, Lacan, George Steiner, Jacques Derrida.

(romántica) de los descubrimientos y teorías psicoanalíticas ha sido sustituido por el crítico, el comentarista, el esteta, en un pos “lóbrego, caótico”. Donde la mayoría de lo escrito no parece nada original sino mera reformulación de lo conocido, que llega a ser a veces (estéril) exégesis y a configurar una verdadera “cultura del comentario” (Steiner, 1991).

Steiner, citado por Massuh (1991), llega a decir, pesimista, que vivimos inmersos en esa “cultura del comentario”, cuya razón de ser implica una mediación, erudita en el mejor de los casos, pero innecesaria, entre el lector y la obra original. En sus palabras: “los ensayos engendran otros ensayos, los artículos otros artículos... la monografía se alimenta de monografías, la visión de revisiones”. El autor actual –además– muchas veces manifiesta una docilidad al servicio de lo que le piden, lo cual para Steiner da un carácter de “miseria” al acto creativo resultante. Y también al acto receptivo, porque cuando se da una intermediación innecesaria se sacrificaría un rasgo ineludible: la inmediatez. Así el doble sacrificio de la inmediatez y creatividad espontánea. De resultados de esta intermediación la producción actual se acumula, se vuelve bizantina, redundante, repetición, sustitución, “devaluación narcótica” (Steiner).

Pienso que la cultura del comentario da su impronta a la producción psicoanalítica actual. Ello se expresaría en lo que parece un exceso de nuevos libros y publicaciones, congresos y simposios, que irían en detrimento de la creatividad, con el peligro consiguiente de ser artículos de “consumo”. La cultura del comentario sería determinada, en buena medida, por la “simultaneidad de lo diverso” –típica manifestación del posmodernismo– para la cual todo resultaría válido, ya que permite fundamentar con igual convicción las tesis más contrapuestas. Así, más allá del fecundo desarrollo de las ideas psicoanalíticas, de las diversas escuelas surgidas, que llevan a la lógica y legítima confrontación, y que corresponde –como apunté más arriba– al estado de la ciencia del psicoanálisis, asistimos a discusiones donde más que tal confrontación, sus sostenedores, inmunes a los desgastes de la misma, parecen sólo interesados en su propio discurso, sin importar demasiado la fidelidad a la verdad.

Un fenómeno posmodernista, afín en sus aspectos negativos a la mencionada “cultura del comentario”, estaría dado por lo que algunos autores denuncian como la “contrapedagogía” que pienso

también, en alguna medida, incide en el proceso de formación psicoanalítica en las instituciones haciendo al malestar de nuestra disciplina. La contrapedagogía⁸ destaca esencialmente que las enseñanzas tienen cada vez menos como tarea única el inculcar conocimiento y cada vez más el papel de estimular el pensamiento, en pos de fórmulas modernizantes. Quizás ella encuentra una máxima expresión en la distorsión del concepto de “desconstrucción” del texto (Derrida, J., 1987), que favorece al lector en detrimento del autor, que en su forma más grosera sería un llamado irrestricto al narcisismo: lo que un estudiante opina de un autor pasa a ser más importante que lo que éste haya escrito. Donde importa no la comprensión del autor sino la comprensión que el lector alcance de sí mismo, la elevación de su propio nivel de conciencia y no de sus conocimientos.

Estas concepciones “negativas” tendrían un trasfondo ideológico en una generalización –abusiva en mi opinión– del relativismo cultural. Este último implica la noción de que no hay jerarquías entre las culturas, no hay gente civilizada ni salvaje sino simplemente civilizaciones, igualmente respetables⁹. Así, el concepto antropológico del relativismo cultural resulta deformado por el posmodernismo, que lo “amalgama” a su defensa del derecho a la diversidad (todo resulta válido), una diversidad posmoderna que, sin discriminación de ningún tipo, tiende a la igualación de las diferencias.

Hasta aquí he mencionado “peligros” posmodernos que amenazan a nuestra disciplina y le causan malestar. Pero no veo en ello razón para el pesimismo. La “diversidad posmoderna” indicó la necesidad de la ruptura de todo exclusivismo institucional y expuso el conocimiento psicoanalítico a múltiples incidencias y perspectivas, y ello es fecundo. Cualquier crítica de tal crecimiento frondoso (o sugerencia de limitarlo) para mí la hace sospechosa de un neomalthusianismo, visión pesimista del futuro. Y –hacien-

⁸ Conjunto de ideas que en forma directa o indirecta contribuyen al debilitamiento de la transmisión del saber, de la cultura y de los mecanismos que hacen posible su renovación en un sentido que apunta a mayor calidad de los productos y a mayor elevación del espíritu (Bosch, 1988).

⁹ “...no tenemos derecho a integrar por la fuerza a esta miriada de historias locales dentro de un mismo y grandioso plan, bajo el pretexto de que nosotros, occidentales, concebimos nuestra historia de esta manera” (Lévi-Strauss, 1966).

do la paráfrasis— no se debe inhibir un crecimiento para prevenir “catástrofes” sino estimular el proceso de desarrollo, precisamente para superar todos esos inconvenientes.

Serían los mencionados, problemas inherentes al psicoanálisis en el finalizar del siglo, comprensibles, se dice, por el marchitar de este último. Pero —nos advierte U. Eco (*ibíd.*, 1991) aludiendo a lo común de antropomorfizar los siglos— no debemos confundirnos con un paralelismo tal, porque el tiempo, la vida, ignoran los calendarios. Carece de sentido pretender la coincidencia de los aspectos negativos de una ciencia con el fin de siglo, así como los progresivos con su nacimiento.

Creo que hay un optimismo justificable, concordante con otros asuntos humanos que se están encarando positivamente (ecología, peligro nuclear). Pienso no debemos ser tan drásticos en la condena del posmodernismo porque también tiene sus ribetes positivos. No hay duda que el relativismo cultural es una concepción más igualitaria, justa, que pone en mismo nivel al fuerte y al débil. El reciclaje implica la rehabilitación; en arquitectura el nuevo uso de edificios antiguos, el respeto por las fuentes históricas, por el contexto (paisaje). Una revalorización y retorno a formas clásicas. En suma un movimiento de rescate y resurrección del pasado, lo que implica un reconocimiento de los valores y un enriquecimiento mayor de ello.

Descalificar indiscriminadamente el posmodernismo implica no sólo desconocer sus aspectos positivos sino ignorar que es la realidad actual en la que se inserta nuestra disciplina, su momento histórico en el proceso de desarrollo de sus ideas. Y la historia no termina con la caída de las utopías. No debemos confundirnos por ese “caos” supuesto del posmodernismo, no debemos temer el desarrollo, negar la multiplicidad. Es después de todo el signo de nuestra época y tal vez (Heidegger) no podamos decidir sobre ella, sólo vivirla. El futuro no es decidible por el hombre.

Se impone, con optimismo, la renovación de lo que “parece” muerto, pero preservando, eso sí, los valores psicoanalíticos que se incluyen —no lo dudo— en las categorías del bien, la belleza, la salud. Porque no creo que podamos —como analistas inscriptos en valores universales tales— aceptar sin revisarlo un relativismo cultural en cuyo afán igualitario toda jerarquía, toda asimetría o discriminación, resulte invalidada. El relativismo cultural se supera a través de una ética (universal). Y esta última la considero

consustanciada con el método psicoanalítico mismo.

Si volvemos (para dejar ya) al tema de la “cultura del comentario”, podemos responder con una concepción optimista de tal cultura. No creo (y coincido aquí con Massuh, *ibíd.*, 1991) que tal cultura del comentario, tal frondosidad “bizantina”, realmente pueda poner en peligro la fecundidad de las ideas analíticas. El hallazgo de la verdad muchas veces surgió de la cultura de la repetición. ¿Puede realmente amenazar la inmediatez del acceso a los creadores del psicoanálisis un comentario erudito, la revisión, la monografía? Pienso que podría quizá resultar perjudicial, esterilizante, cuando falta el acto creativo (que no debe ser equiparado rápidamente con la originalidad). Pero aún cuando sea tal producción científica de escaso nivel teórico-clínico, aún cuando pueda ser considerada “hojarasca”, podemos recibirla con beneplácito porque el adecuado tamiz rescatará siempre lo que merece, y así se justifica plenamente la profusión de trabajos (Joseph, 1980). No habría malignidad en ello, quizás sólo narcisismo.

Posición ajustada a nuestra época, actitud que da oportunidad para todos, libertad total de expresión de las ideas. Pensar así creo ayuda a la salida positiva de esta situación de la “cultura psicoanalítica actual”, salida en función de aspectos vitales, productivos, tomados como estímulos para ejercitar la mente y reconstruir los conceptos.

RESUMEN

El autor se refiere a cierto malestar que a su juicio padece el psicoanálisis, causado por la influencia del posmodernismo, corriente cultural actual a la que quedaría expuesto. Subraya algunos aspectos de la producción científica, los que constituirían una expresión de tal malestar.

En el posmodernismo –dice– el creador, el héroe de la época febril (romántica) de los descubrimientos y teorías psicoanalíticas ha sido sustituido por el crítico, el comentarista, el esteta, y la mayoría de lo escrito no sería original sino mera reformulación de lo conocido. Ello llega a configurar una verdadera “cultura del comentario” (G. Steiner), la que se haría manifiesta en lo que parece un exceso de nuevos libros

and publications, congresses and symposia, that would be to the detriment of creativity, with the danger consequent of being articles of consumption.

He also points out to the "contrapedagogy" (J.E. Bosch), a postmodern, narcissistic phenomenon that, in the name of modernizing formulas, may fall into, in some way, in the formation process in psychoanalytic institutions.

But he doesn't see in that postmodern "danger", that threatens psychoanalysis and causes its "malaise", reason to reach pessimism, because postmodernism also has positive points.

He thinks the erudit commentary, the revision, the monography, could result harmful if creative act weren't there. But even though that scientist production were in a low theoretical-clinical level, must be

SUMMARY

The author refers to a sort of malaise that, from his point of view, the psychoanalysis is suffering from, because of the influences of postmodernism, which is an actual cultural current that psychoanalysis is being exposed to. He emphasizes some aspects of scientist production, that can constitute an expression of that malaise.

During postmodernism, he says, the creator, the romantic hero of discoveries and psychoanalytic theories, has been substituted by the critic, the commentator, the aesthete, and the majority of what is written would not be original but just reformulation of what is known. This reaches to configure a truthful "commentary culture", which will be manifested in what seems to be an excess of new books and papers, conventions and symposia, that would take to the creativity detriment with the following danger of becoming consumption articles.

He also points out to "contrapedagogy", postmodern and narcissistic phenomenon that, in the name of modernizing formulas, may fall into, in some way, in the formation process in psychoanalytic institutions.

But he doesn't see in that postmodern "danger", that threatens psychoanalysis and causes its "malaise", reason to reach pessimism, because postmodernism also has positive points.

He thinks the erudit commentary, the revision, the monography, could result harmful if creative act weren't there. But even though that scientist production were in a low theoretical-clinical level, must be

received with approval, because the adequate sifter will always rescue what it has to, justifying in that way the scientist papers profuseness nowadays.

RESUME

L'auteur rend compte d'un certain malaise subi, d'après lui, par la psychanalyse, lasse de se voir exposée et influencée par le courant actuel du postmodernisme. Il souligne quelques aspects de la production scientifique qui constituent une expression du dit malaise.

Dans le postmodernisme le créateur, le héros de l'époque fiévreuse (romantique) des découvertes et des théories psychanalytiques se trouve substitué par le critique, le commentateur, l'esthète et, dans la plupart de ce qui est écrit, n'ayant rien d'original, il s'agirait d'une simple reformulation du déjà connu. Ce qui en résulte est une véritable "culture du commentaire" (G. Steiner), qui se manifeste dans l'excès de nouveaux livres, de publications, de congrès, et de symposia, au détriment de la créativité, au péril de se constituer en objet de consommation.

Aussi l'auteur signale-t-il la "contrepédagogie" (J. E. Bosch), phénomène postmoderne, narcissiste qui, en quête de formules supposément modernisantes, pousserait négativement le procès de la formation dans les institutions psychanalytiques.

Mais, dans ces "dangers" postmodernes qui menacent la psychanalyse, qui lui causant son malaise, il ne voit aucune raison pour être pessimiste, étant donné que le postmodernisme a aussi son versant positif.

Il pense que le commentaire érudit, la revision, la monographie, ne seraient un préjudice ou des exégèses stériles que s'il y manquait l'acte créateur. Mais, une telle production, même si elle s'avère d'un faible niveau théorique et clinique, doit être reçue avec bienveillance, étant donné qu'un tamis adéquat va en racheter sa véritable valeur. Ce qui justifierait, de nos jours, l'énorme profusion de travaux scientifiques.

BIBLIOGRAFIA

BERMAN, M. (1982). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. España: Siglo Veintiuno, 1982, pág. 3.

BOSCH, J.E. (1988). Cultura y contracultura. *La Nación*, 7-V-1988.

- CASULLO, N. (1989). Comp. *El debate modernidad-postmodernidad*. Buenos Aires: Punto Sur, 1989.
- (1991). Comp. *La remoción de lo moderno. Viena del 900*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- CHASSEGUET-SMIRGEL, J. (1983). El esprit du temps y sus efectos sobre la cura psicoanalítica. *Psicoanálisis*, 5: 557-580.
- DERRIDA, J. (1987). *La desconstrucción en filosofía*. Barcelona: Paidós-Ibérica e ICE-VAB, 1989.
- DI SEGNI, S. Y OBIOLS, G. (1991). Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria: un enfoque psicoanalítico. Premio J. Bleger, 1991, Asociación Psicoanalítica Argentina.
- ECO, U. (1991). Todavía somos muy jóvenes. *La Nación*, 8-XII-1991.
- EMERY, F.E. Y TRIST, E.L. (1972). *Towards a Social Ecology: Contextual Appreciation of the Future in the Present*. Londres: Plenun Press.
- FREUD, S. (1931). *La interpretación de los sueños*. Prólogo a la tercera edición inglesa. A.E., 4: 27. Buenos Aires.
- (1932). Mi contacto con Josef Popper Lynkeus. A.E., 22: 199-201.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1987). Narciso sin espejos. La cultura visual después de la muerte del arte culto y el popular. Conferencia Internacional de Clacso, Buenos Aires, 1987.
- GRINFELD, P. (1981). Introducción al tema Problemas actuales de la práctica psicoanalítica, Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, 1981.
- HABERMAS, J. (1989). Modernidad, un proyecto incompleto. En Casullo, N. (comp.): *El debate modernidad-postmodernidad*. Buenos Aires: Punto Sur, 1989.
- JOSEPH, E. (1980). Mensaje del presidente. *Newsletter API*, vol. XII, nº 3, 1980.
- KLIMOVSKY, G. (1980). Ciencia y anticiencia en psicología. En Klimovsky, G. y otros. *Opiniones sobre psicología*. Buenos Aires: Adip, 1986.
- (1989). La epistemología de Sigmund Freud. Reunión Científica de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, 1989.
- KUHN, T.S. (1980). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE, 1980.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1966). Estructura vs. Historia. Reportaje de G. Lapougue. *Revista Zona Erógena*, nº 4, pág. 19.
- LYOTARD, J-F., (1979). *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra, 1987.
- MASSUH, V. (1991). Reflexiones sobre la "cultura del comentario". *La Nación*, 8-XII-1991.
- SEBRELI, J.J. (1991). *El asedio a la modernidad*. Buenos Aires: Sudame-

PABLO GRINFELD

ricana, 1991.

STEINER, G. (1991). *Reélles présences*. París: Gallimard, 1991.

ZAC, J.; GRINFELD, P. (1982a). El futuro del psicoanálisis en América Latina.

— (1982b). El futuro del análisis latinoamericano y la identidad del analista. XIV Congreso Psicoanalítico de América Latina, 1982.

Descriptores: Epistemología. Cultura. Ciencia. Ideología.
Posmodernidad. Malestar.

Pablo Grinfeld

Juncal 3150, 9º “A”

1425, Buenos Aires